

LA VIRGEN DE CONSOLACION

El campo tiene sus flores
y sus estrellas el cielo,
el mar tiene sus arenas
y sus cantares el pueblo.

L. M.

A las puertas de la ciudad de Utrera, en medio de un extenso olivar, verde y frondoso en todo tiempo, álzase el santuario de Nuestra Señora del Consuelo—de la *Virgen de Consolación*, como decimos por tierras de Andalucía,—imagen reverenciada en diez leguas á la redonda, de la cual los andaluces cantan á maravilla las excelencias.

A otro propósito dije que el pueblo andaluz tiene una copla para todos y cada uno de los momentos de su vida, y no creo que vendrá ahora fuera de lugar añadir que el caudal de las coplas que expresan sus sentimientos religiosos es casi tan rico como el de las sentencias epigrámicas.

A las coplas que el pueblo andaluz canta á la Virgen de Consolación, recorro hoy para ver si me dan noticias que no encontré en libros y papeles; de la musa popular me amparo y á ella fío la empresa que yo no podría acometer, temeroso de no llevarla á cabo.

El poeta anónimo que, con la guitarra al brazo, á la manera de los antiguos trovadores provenzales, recorre calles y plazas, discurre por los campos, alegra las horas de trabajo en el taller y en la fábrica, aviva las fiestas del hogar, suspira en el patio de la cárcel y llora á la puerta del hospital; ese poeta anónimo, digo, especie de duende ó diablillo invisible que está en todas partes y en ningún lugar le vemos, canta en el santuario donde se conserva como oro en paño la imagen milagrosa, patrona del pueblo y de la comarca, consuelo de tristes, refugio para el desamparado y tabla de salvación para el naufrago de los revueltos y procelosos mares de la vida.

Oigámosle: porque no sé yo de poeta culto que haya consagrado su inspiración á esta imagen.

Consolación, la de Utrera,
y Gracia, la de Carmona,
Virgen de la Setefilla,
dicen los niños de Lora.

Sabemos por esta copla que Utrera tiene una Virgen, la de Consolación; Carmona, la de Gracia, y Lora, la de Setefilla; como sabemos por otras coplas que Chipiona posee la Virgen más bonita.

Vámonos los dos á Cádiz
á ver la Virgen de Regla,
la más bonita que hay;

y que la *Virgen del Pilar* es española por todos cuatro costados:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Mucho ama el poeta anónimo á la *Virgen del Consuelo*, cuando le da el primer lugar en la copla:

Consolación, la de Utrera...

Y tanto como la ama! No se olvida del lugar en que se encuentra, y quiere que no se tome por su imagen pre-dilecta otra que no lo sea:

Virgen de Consolación,
la que está en los olivares:
consuéla mi corazón,
que está lleno de pesares.

No ha de quererla, si él, como todo soñador, es decir, como todos los hombres, está necesitado de consuelo! ¡Que mucho exclame:

Virgen de Consolación,
consoladora de tristes,

consuéla mi corazón
por el Hijo que perdistes !

¿ A quién, sino á la Virgen del Consuelo, habrá de pedir alivio de sus penas? Y en su deprecación, ¿ cómo interesar el corazón de una madre mejor que invocando el nombre de su hijo?

Mucha confianza tiene en la celestial Señora, y mucho desconfía de lo que el mundo podrá darle :

Madre mía del Consuelo:
el enfermo busca alivio ;
yo lo busco y no lo encuentro ;

que es como si dijera : busqué por el mundo medicina para mis dolencias; pero son dolencias del alma y el remedio sólo puede venir de ti, como Señora que eres del cielo.

¿ Y qué diremos del amoroso rendimiento con que aquel duendecillo familiar del pueblo andaluz canta :

Nuestra medianera
era la Virgen de Consolación,
la que está en Utrera.

Me parece ver á los enamorados, contra quienes se volví todo para que no lograsen sus amores. El era un buen muchacho que no contaba más que con el día y la noche. Ella.... sus padres tenían *un pasar*. Consentir en el cariño de los mozos hubiera sido aparejar la infelicidad de la señorita. Reprendieronla, castigáronla, cerraron y clavaron puertas y ventanas.... ¡ Todo en vano! El amor, como el aire, pasa fácilmente por las rendijas é intersticios de las puertas. Yo no sé cómo lograron burlar la vigilancia de los padres; pero es lo cierto que el cura les echó las bendiciones, y que la muchacha, madre hoy de tres niños como tres claveles, cuando mece sobre sus rodillas al Benamín de su casa, arrullándole, canta esta coplilla :

Nuestra medianera
era la Virgen de Consolación,
la que está en Utrera.

Y el niño la mira y se sonríe, como diciendo: así quiero á mi madrecita.

La heroína de este cuento, como toda muchacha casadera, había pedido á la Virgen de Consolación que su amado la quisiera de verdad. También está enterado de este secretillo aquel demonio de genio, no sé si maléfico ó benéfico. Escuchad cómo lo revela, dándosele un ardite del rubor que colorea las mejillas de cuantas doncellas andaluzas, postradas á los pies de la imagen, interpelan entre un *Pater noster* y un Ave María el nombre de su amado :

Que me quisiera de veras
yo se lo pedí á la Virgen
de Consolación de Utrera.

¡ Cómo, si la imagen no fuese de las más milagrosas, acudirían tristes y enamorados, que son uno mismo, á demandar el patrocinio de la Virgen!

Una mujer, desdeñosa si las hay, rechaza la amorosa demanda del hombre que se mira en las niñas de sus ojos. Obligada por reiteradas solicitudes, busca al cantor anónimo que sirve de lazarillo por la intrincada selva de este discurso.

— Ya veis, le dice: ese hombre no me deja á sol ni á sombra. Yo no lo quiero; descorazonadle.

Y el cantor canta :

Si quieres que yo te quiera,
encomiéndate á la Virgen
de Consolación de Utrera.

— Verdad es, añade la mujer desdeñosa: milagro de la Virgen sería que yo quisiera á ese hombre.

Consolaos, mujeres amorosas, con el ejemplo que os da otra mujer, que jura á su amante por estas que son cruces.... ¡ Válgame Dios por la hipóbole! quererlo hasta más allá de la muerte, diciéndole á *Rosario* de labios que se besan.... ¿ Qué le dice? En Dios y en mi ánimo que no

sé de diablillo más curioso y sabihondo que nuestro anónimo cantor :

Si tú encuentras en el mundo
quien te quiera más que yo,
es un milagro que hace
la que está en Consolación.

Amar así es amar de veras. Amor terreno, que se tiene por seguro si un milagro de la Virgen no lo hiela, raya en el perfecto amor.

¿Qué diríamos de aquella otra mujer que quería hasta la medula de sus huesos á aquel otro ganapán que así se curaba de tanto amor como los puercos de las margaritas, la cual, después de haber desechado por ineficaces todos los remedios caseros que las comadres del barrio le deparraron para que *el otro* la quisiera, recurrió al medio de... ¡Habrás visto cantor más deslenguado que éste que nos cencerrea los oídos á todas horas !

A la Virgen del Consuelo
un hábito le ofrecí
porque te volvieras loco,
tiraras piedras por mí.

Pues lo mejor del cuento no está en que el mocito del barrio llegó á tirar piedras por la muchacha—y esto de *tirar piedras por la calle* como decimos los andaluces, vale tanto como *irse del sentido ó perder la chaveta*, lo cual no es volverse loco, aunque allá le anda;—lo mejor del cuento está en que, pasados algunos días, la pobre mujer lloraba á moco tendido, y no eran lágrimas de amor las suyas.

¿Por qué lloras? Le preguntó una su vecina, averiguadora de vidas ajenas. ¿No lograste tu gusto?

La dolorida iba á decir, no lo dijo, pero como si lo hubiera dicho :

—Por nada !

Y el dicharachero cantor de mis culpas salió cantando :

Madrecita mía
de Consolación,
¿ cómo consientes
que tan mal me trate
este mal gachó ?

Yo sé de buena tinta que la mal parada mujer del cuento, después de haber rezado de rodillas ante la imagen una parte del rosario, exclamó, sin poder reprimirse :

Virgen de Consolación :
Como la negrita mora
tengo yo mi corazón !

No sería el galán un desalmado, uno de esos hombres que no temen ni á Dios ni al diablo, cuando el consabido cantor se atrevió á entonar esta copla :

Virgen de Consolación :
quitádmela de mi vista,
que va á ser mi perdición !

Imagen de tal extremo amada y reverenciada, por fuerza habrá de hablar también á los sentidos. Muy bella debe ser la efigie, ysi realmente no lo es, ¡ cuánta belleza pondrán en ella los ojos que la miren con verdadero amor !

¡Que si es bella !

Imagino yo á un mozalbete, el cual, requerido por sus compañeros de inocentes truhanerías, para que les cuente las perfecciones y lindezas de aquella muchacha que fue su amada y luégo casó con otro, ó se murió, que para el caso tanto monta, empieza pintando lo negro de sus ojos y lo hilado de sus pestañas, que semejaban *manojitos de alfileres* ; sigue hablándoles de las trenzas de su pelo negro, matitas de cabello, como él dice ; pasa á seguida á ponderar su gar ; y cuando no sabe ya qué decir, porque todo lo que ha dicho le parece poco, porque no sabe hablar, porque, como á los buenos poetas, se le traba la lengua cuando el corazón, eterno prisionero en la cárcel de las

conveniencias, se le quiere salir por la boca, exclama, usurpando al poeta anónimo sus atribuciones:

¡Mira qué bonita era!
Se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

Con la cual comparación, de que la imagen no se ofende, porque no es tanto para humanizar á la Virgen, como para levantar á la mujer amada, yo no sé si se acredita de ser el hombre más apegado á la tierra, ó si debe de pedir plaza entre los más religiosos.

Después de esto, qué vale cantar:

Morenito es mi amante,
morena soy yo,
morena es la Virgen
de Consolación.

Y esta otra coplilla:

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
y morenita es la Virgen
de Consolación de Utrera.

Que recuerda aquella muy sabida:

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro...
¡Viva la gente morena!

Y como de la persona amada se refieren pelos y señales con verdadera delectación, y para el amante no pasa inadvertido ni aun el color del vestido de la mujer que sorbe el seso, nuestro cantor templá las cuerdas de su guitarra y entona esta coplilla:

De color de la adelfa
y el verde limón;
así llevaba el manto la Virgen
de Consolación.

El duendecillo familiar de los andaluces canta más, muchas más coplas, á la puerta del santuario de la Virgen de Consolación de Utrera,

La que está en los olivares;

pero, ¡quién podrá contar las flores que brotan en los campos de Andalucía cuando Dios da un año bueno y la primavera abre de par en par sus ventanas á los pájaros y á las mariposas que juegan revoltosillas entre las verdes espigas y las rojas amapolas! ¡Quién cuenta los latidos del corazón andaluz!

Como esas florecillas que brotan de la tierra al beso de las templadas brisas de Abril y no tienen más riego que el rocío, ni otro cultivo que la huella que imprime la planta del rústico, así son las coplas que el cantor anónimo canta. ¡Qué mejor ramillete para adorno del altar de la Virgen!

Después de haber aspirado la fragancia de esas flores naturales, me explico yo por qué las gentes acuden en tropel al Santuario. Somos muchos los que padecemos del alma, y muchos los desengañados de la eficacia de los remedios terrenales.

Ya sé por qué —de esto hace muchos años— al caer la tarde de un día del mes de Mayo, iba descalza de pie y pierna, camino de Consolación, una mujer, imagen viva de la tristeza; por qué al llegar á las puertas del templo, á la sazón desierto y alumbrado por una lámpara, cuya luz apenas sí traspasaba el cristal del vaso que la contenía, suspiró como quien desesperanzado de todo va á fiar al cielo la suerte de su vida; y por qué, bajo de la sombra techumbre, avanzó con paso precipitado hacia el altar de la Virgen, y dando franca salida á las fuentes de sus lágrimas, y abriendo los diques al océano de penas que anegaba su corazón, cayó de hinojos y dijo:

—¡Madre mía, devolvédmelo! ¡Tenga mi hijo el consuelo de morir en los brazos de su madre! ¡Qué triste debe ser morir en las soledades del mar!



Sé ahora, porque mi padre me dijo un día, el más feliz de mi vida:

—¡Hijo mío: no te olvides de la Virgen de Consolación. Si supieras cuánto le he pedido y rogado por tu salud!

Sé también por qué una copla llenó de lágrimas mis ojos, y mi corazón de inefable gozo.

Lejos de la ciudad amada de mi alma, buscaba yo en la soledad del campo remedio á la tristeza que minaba mi vida. La luz de la luna me alumbraba, la noche era de abril y en Andalucía; que es decir noche apacible.

¡Qué gravesoledad aquélla! ¡Qué sosegado apartamiento! ¡Cómo ansiaba yo volver al lado de mis prendas más queridas! ¡Cómo me acosaban los recuerdos de días más felices! ¡Qué angustia me sofocaba! ¡Qué agitación la de mi espíritu!

Yo no sé hasta dónde habría llegado mi indómito pensamiento, á no distraerme de mis cavilaciones una voz que no supe de dónde salió, la cual, acordándose con el eco de la campana de la ermita y el leve rumor de la brisa que columpiaba las espigas de la vega, cantó esta copla:

El alma le diera á Dios
y el cuerpo á la mar serena;
mi corazón á la Virgen
de Consolación de Utrera.

El cantor anónimo espantó las aves que dormían en el nido de mi corazón. Volaron éstas al Santuario que se alza entre frondosos olivos, y, como legión de sueños, recuerdos y sentimientos, plegaron sus alas á los pies de la Virgen de Consolación,

la que está en los olivares.

Amor, cariño, filial amistad, desinterés.... aves son que tejen las del nido más seguro en el sombrío techo del Santuario donde se venera la imagen milagrosa.

Todavía resuenan en mis oídos las palabras de aquella madre postrada de hinojos ante la Virgen:

—Madre mía, devolvedme á mi hijo.

To lavía escucho la voz severa de mi padre:

—Hijo mío, no te olvides de la Virgen de Consolación.

Todavía, llenos de lágrimas mis ojos y de gozo mi corazón, aquella copla de duendecillo familiar del pueblo andaluz:

El alma le diera á Dios
y el cuerpo á la mar serena;
mi corazón á la Virgen
de Consolación de Utrera

LUIS MONTORTO Y RAUTENSTRAUCH

(De *El Buen Consejo*)

LA FAMILIA DE NARIÑO

I

A principios del año de 1751 llegaron á Santafé, procedentes de la Corte de Madrid, D. Vicente de Nariño y D. Antonio de Ayala y Tamayo, caballeros españoles, quienes se habían relacionado allí siete años antes, y venían á desempeñar en el Nuevo Reino, honoríficos y lucrativos destinos.

Era D. Vicente de Nariño natural de la ciudad de Santiago en Galicia, hijo legítimo de D. Juan Nariño Domínguez y D.^a María Vásquez, y había servido en España al Conde de Montijo, lo que le valió venir á América nombrado Contador Oficial Real de las Cajas de Santafé, cargo de que tomó posesión el 21 de Mayo de 1751; su compañero, D. Antonio de Ayala, traía el despacho de Tesorero Oficial Real. Muy codiciados eran estos destinos, pues además de estar ventajosamente dotados, colocaban á los que los obtenían en la primera línea de la jerarquía oficial: tenían derecho á ocupar lugar inmediato al Virrey, á los Oidores de la Real Audiencia y á los Contadores Mayores